

El Indiscreto

Una mujer hermosa agrada á los sentidos;
una honrada interesa al corazón; la
primera es una alhaja; la segunda un
tesoro.

DIRECTOR

RICARDO SANCHEZ

PERIÓDICO SEMANAL

LITERATURA Y ARTES—TEATRO Y MODAS

CASA EDITORA Y ADMINISTRACION

LITOGRAFIA GODEL—Calle Cerrito, N.º 231

Año II

Montevideo, Marzo 29 de 1885

Núm. 44

SUSCRICION: *En la Capital*—Por un mes, 1 \$; por seis meses, 5 \$; por un año, 9 \$. *En Campaña y Exterior*—Por un mes, 1\$20; por seis meses, 6 \$; por un año, 10 \$
NÚMEROS SUELTOS: *Del día*, 30 cents.—*Atrasado*, 40 cents.



AL PÚBLICO

La Administración del periódico está abierta
todos los días hábiles de 9 á 11 a. m.

EL ADMINISTRADOR.

NUESTROS GRABADOS

PEDRO BUSTAMANTE. — Distinguido abogado de nuestro foro, en el que descuella como modelo de probidad. Es además un orador parlamentario de talla. En la Cámara del año 1873, cuando llenaban con la magestad de su palabra ese recinto sagrado de las leyes, oradores como José Pedro Ramirez, Agustín de Vedia, Vasquez Sagastume, Velazco y muchos otros, que dejaron huellas profundas del período legislativo mas brillante que ha tenido el país, — ocupaba Bustamante quizá el primer puesto entre sus compañeros, — pues si Ramirez lo aventajaba en vehemencia y Vasquez Sagastume en fluidez, nadie se le acercaba en la concisión de la frase, en lo acerado de su forma y en su habilidad para la réplica.

El Dr. Bustamante, por su carácter poco expansivo y por su modo especial de ser, vive casi condenado á un aislamiento que el mismo se buscó. Es verdaderamente sensible que un hombre de semejante talla, vejete en la oscuridad de un retiro en parte voluntario, cuando le sobra esfera de acción en que expandir el vuelo de sus poderosas facultades.

Desempeñó varios puestos públicos de importancia y de inmensa responsabilidad, y nunca ha sentido el vértigo de las tentaciones ilícitas. El mejor elogio que se puede hacer de Bustamante, es decir que se halla hoy mucho mas pobre que al formar parte de aquel gobierno, cuya moralidad y honradéz todos envidian.

FRANCISCO ESTRÁZULAS. — Falleció el martes este distinguido amigo, perteneciente á una de las principales familias de nuestra sociedad.

Abandonó para siempre el mundo en la edad mas bella, cuando le sonreía un presente inmejorable al lado de la dulce compañera de su existencia.

Era un abogado de claro criterio y de honorables procederes. Completamente entregado á su labor profesional y á la vida tranquila del hogar, hacia ya mucho que no sonaba su nombre en nuestros centros sociales y de instrucción, de los cuales fué decidido cooperador en los primeros años de su juventud.

Ofrecemos hoy á nuestros lectores el retrato de ese joven é ilustrado compatriota, que si no deja una estela de luz en nuestro mundo intelectual, deja en cambio un nombre puro, que no es poco en los tiempos calamitosos por que pasamos.

FÉRIA. — Cuadro tomado un poco del original y otro poco á fantasía, por nuestro joven dibujante. Nos excusamos, tratándose de algo tan conocido, de entrar en explicaciones que están de más para el lector.

RECUERDOS ÍNTIMOS

(A mi querido amigo Carlos J. Cantera)

(FRAGMENTO)

Habían pasado tres años sin vérla. Tres años que la fatalidad me separó del ser que hizo latir por vez primera mi corazón, á impulsos de sentimientos desconocidos. Jamás esperé encontrarla de nuevo en la senda monótona

de mi vida, como se encuentra un oasis en las soledades del desierto. Si tan peregrina imagen no se había borrado por completo de mi memoria, ya no me dañaba como en los crueles instantes en que me vi obligado á desgarrar su corazón, haciéndola sentir todo el peso de mi abandono. Como brilla una estrella pálida, casi perdida entre las brumas de un cielo indefinible, ella brillaba en el horizonte oscuro de mis penas.

Un día la casualidad, precursora muchas veces de grandes acontecimientos, la puso otra vez en mi camino. Al verla, experimenté la vaguedad sin nombre del enfermo, que tras aquella lucha entre la vida y la muerte, que dejó atrofiados sus sentidos, despierta del letárgico sueño, y empieza con lentitud á darse cuenta de su estado. Mi asombro no tenía límites. La que para mí ya no ofrecía otros encantos, que los infinitos del recuerdo; la que solo ocupaba en el santuario de mi alma triste, el paraje destinado al ángel de las muertas ilusiones, estaba frente á mí, envolviéndome en el poema de lágrimas de su mirada, humilde como la de mujer caída, pero grande como la esperanza que renace, nuevo fénix, de las cenizas de pasados goces.

La encontré hermosa como una creación de fantasía alemana; aquellos ojos verdes y expresivos en su dolor, tenían la brillantez de los de una sirena, surgida de los mares de la imaginación, á las extrañas evocaciones de un poeta escéntrico. Había algo de brumas polares en aquella frente un tiempo tersa como un cielo de primavera en mi patria. Y sus cabellos de oro, que eran mis joyas, estaban casi apagados, como el fulgor de un astro que se hunde en el ocaso.

Me pareció rara su belleza; en vez de estimular el deseo, inspiraba el respeto de las desgracias infinitas. ¿Cómo te vuelvo á encontrar en mi camino, cuando pensaba no verte mas? me dijo con voz suave como una plegaria. He sufrido tanto desde que no te veo!... Si supieras de que manera viviste en mi corazón! He sentido lejos de ti la nostalgia inmensa de los proscripciones del cariño; pero no ese cariño material y grosero, que deja rastros en el organismo, como el impetu del huracán en la naturaleza; sino la vehemencia ideal de los sentimientos anhelados y no comprendidos; esos que dejan en el alma los rastros morales de un desencanto prematuro.

Y me tendió su mano, aquella mano otrora mórbida y á cuyo contacto me electrificaba. Al estrecharla, experimenté ese frío indecible del que vive en un segundo, un siglo entero de sensaciones inesperadas. Como por un golpe de fantasmagoría, trazó entonces la imaginación, en el cuadro de mis recuerdos, el espléndido panorama de mis pasados goces. Aquellos paseos campestres en las azules noches, cuando la viajera del espacio poetiza lo que baña con sus pálidos rayos; — cuando las almas que aman se identifican con la naturaleza y todo se mira mas bello, á través del prisma de una esperanza, virgen de contradicciones. Los juramentos repetidos mil veces; — los sublimes éxtasis del amor juvenil, de ese amor primero que tiene los encantos de la sinceridad, de la pureza, de los grandes entusiasmos, y que solo se valora cuando el espíritu quebrado por las vicisitudes de la vida; compara el poema de lágrimas del presente, con el delicado idilio de los tiempos que se fueron.

No pude mas; — la emoción me ahogaba; — mi voluntad era pobre para detener el oleaje de lágrimas de mi corazón, que sordamente batía las paredes de mi pecho. — La abracé con ternura y lloré inmensamente, con ese llanto sin precio de los sentimientos nobles — Ella también lloró, como se llora pocas veces en la vida. Después, cuando la tranquilidad volvió á nuestras almas, vi su rostro iluminado por dulce sonrisa, como un cielo por el iris de bonanza, y la contemplé digna como en sus pálicos quince años, cuando espléndida mariposa del vergel humano, revoloteaba á mi alrededor, sin haberse quemado aún en el fuego volcánico de mi pasión.

ATILA.

EN EL ÁLBUM DE ANITA ZUMARÁN

Rayo de luna que reverbera
Sobre un brillante de albo color,
Rosa encendida que abrió su cáliz
Al primer beso que dió el sol:

Limpido cielo sin una nube
Lanzando oleadas de clara luz,
Inmenso abismo de los espacios
Pintado siempre de eterno azul:

Lago dormido donde la luna
Su faz de nácar suele asomar,
Y que al mas leve roce del ala
De un ave, turbio muestra el cristal:

Eco de un ave de plumas de oro
Que en la callada noche se oyó,
Poblando el aire de melodías
Con sus sentidos cantos de amor:

Rayo de luna, rosa fragante,
Limpido cielo lleno de luz,
Lago de plata, canto de un ave,
Todo eso, Anita, lo encierras tú!

ALEJANDRO MAGARIÑOS ROCCA.

Enero de 1885.

NOCHE DEL ALMA

(NOCTURNO)

(ESPRESAMENTE PARA EL INDISCRETO)

Brilló en los senos de los cielos azules, la esplendorosa luz de la pálida viajera.

Hermosa noche, perfumada de aromas y de tibias brisas.

Ningun ruido importuno, interrumpe la tranquilidad de mi plácido retiro.

Silencio y soledad, doquiera encamino mis pasos.

Calma y sosiego, en el hogar desierto.

Y... el alma plegó sus alas y remontó su vuelo, á la brillante patria del Ideal.

Y vió sentada en el rústico banco del jardín, á una mujer de tez marchita y mirada apagada, que estrechaba contra su corazón y sus labios, una carta.

Y raudales de lágrimas, brotaban de sus ojos y en medio de sus sollozos decía:

"Si; hoy hacen justamente cinco años, en que por primera, sentí latir mi corazón.

"Aquí, en este banco, en este mismo jardín y en una espléndida noche de verano, iluminados por la luz de luna, sin mas testigos que Dios, nos juramos un amor eterno.

Y fuimos felices, oh! inmensamente felices.

Ni la mas pequeña nube empañaba el cielo purísimo nuestros amores.

Vivíamos el uno para el otro: lejos del mundo y de sus miserias.

Un día — por siempre jamás día maldito — la guerra estalló y él, el amado de mi corazón, el esposo de mi alma partió: la patria le reclamaba y corrió á ocupar su puesto entre las filas de sus valientes compañeros.

Y pasó un año y no volvía.

Y yo agonizaba de angustia y de dolor.

Ya no tenía encantos para mí, el paisaje sonriente

la naturaleza; ya no tenían poesía para mí las templadas noches de primavera.

Y sin más compañero que mi dolor, me refugiaba en el santuario de mis creencias, para bendecir y amar su recuerdo...

Y antes de que sus ojos se cerraran para siempre, su último pensamiento fué para mí, y su último adiós lo trazó en mi mano helada, por las sombras de la muerte."

Y la triste mujer inclinó la cabeza sobre el pecho.

Y la luna veló su faz, para no iluminar el semblante colorido, de aquella alma despedazada!

Y el alma plegó de nuevo sus alas y vió:

En un lujoso retrete, á una mujer de espléndida belleza, que de rodillas, ante la imagen de María, elevaba al cielo sus preces.

Allí, en aquel régio salón, iluminado por bajas colores rosas y embalsamado el aire por esquisitos perfumes, ignoraba la muerte!

En aquel corazón de veinticinco años había una tumba.

Era la vispera del día, en que esa sedosa cabellera, negra como el ala del cuervo, caería bajo una tijera infame.

Era la vispera del día, en que toda esa juventud y hermosura, brillaría por última vez en el mundo, para desaparecer por siempre jamás, tras las puertas de un convento!

Así también, en el árido desierto de la vida, cuando el corazón huérfano de afecciones no encuentra en la tierra un lenitivo á su quebranto; el alma plega sus alas en la brillante patria del *Ideal*, para buscar allí la *Felicidad* deseada!

RAYMUNDA TORRES Y QUIROGA.

Buenos Aires, Marzo de 1885.

A UNA AMIGA

¿Es acaso, señora, menos bella
Que la lisonja placentera y dócil,
La sóbria ingenuidad que fácil brota
En el lábio modesto?

¿Es por ventura de mayor encómio
El acento que adula á nuestro oído,
Que el que llega á la púdica conciencia,
Y al corazón persuade?

¿Es la flor de matices decorada,
Que en la copa del árbol se columpia,
Mas preciada que el fruto sazonado
De matices desnudo?...

Verdad que es bella la lisonja: dulce
Nos es oír su adulator murmullo;
Mas ¿qué deja tras sí? Triste memoria
De mentidos halagos!

Yo siempre amé la ingenuidad, señora:
Útil la siento, la conozco bella,
Y en valor y firmeza la comparo
Al pulido diamante.

Ella, hija noble del honesto lábio,
Grata y sonora á mis oídos vibra,
Y cuando calla, tras de sí me deja.
Persuasivo recuerdo.

Mas ¿qué me vale que sutil lisonja
Hasta mí llegue adulatora y blanda?...
Trocado en humo el aromoso incienso,
En los céfiros huye.

Ella, señora, en el humano oído,
Instantes vive regalada y dulce;
Mas después huye del, como el incienso
Del turibulo, en humo.

L. GONZALEZ.

Febrero 22 de 1885.

UN CUENTO INÉDITO DE EDGAR POE

LA CANCION DE HOLLANDS

(TRADUCCION LITERAL)

Hace próximamente seis mil años que el hombre avanza á través de lo desconocido.

Lo que ha descubierto es nada en comparacion de lo que queda por descubrir y de lo que nunca descubrirá.

La imaginacion se espanta ante ciertos problemas que no resuelven el álgebra, la trigonometria ni la medicina.

En este número se encuentra el caso del señor J. S. T. Hollands, muerto en Baltimore el año último. Que no se me acuse de inventar los hechos que voy á referir. Testigo presencial del caso, no he de olvidarlos aunque viva cien años.

No puedo recordar donde hice el conocimiento de J. S. T. Hollands. Es posible que fuese en Boston, en el hotel de Tomahanz donde me hospedaba con frecuencia. J. S. T. Hollands, era un pobre diablo de seis pies de estatura, de inteligencia vulgar y extremadamente nervioso. En aquel tiempo pasaba su existencia haciendo malos versos, que presentaba con regularidad á los periódicos sin lograr su insercion.

De todos modos, lo cierto es que en Junio del año último volví á encontrármelo en Baltimore: vivía en *Union's Hotel*, justamente en frente de la casa en que yo nací.

Le hallé en la calle; pero parecia tan preocupado, que no me reconoció. Estaba muy cambiado. Delgado en extremo, hacia el efecto de un esqueleto; sus ojos veíanse rodeados de anchas ojeras.

Resolví verle; pero se habia convertido en un sér tan insociable como un irlandés después de beber; me presenté muchas veces en su hotel, y siempre se me negó sistemáticamente que estuviese en casa.

El criado encargado de trasmitirme sus poco amables respuestas, me dió detalles de la vida de este hombre singular.

J. S. T. Hollands no salía casi nunca, se quejaba de vivos dolores en el pecho, y se negaba á ser visitado por ningún médico.

De cuando en cuando tocaba el violín, pero siempre ejecutaba la misma melodía. Dos ó tres veces habia cantado la misma cancion con letras incoherentes, en que se hablaba de corazón vacío, gusano roedor y toque de agonía.

El criado emitió la opinion de que J. S. T. Hollands habria tenido en Boston alguna historia de amor que le desarregló el cerebro.



Habia ya casi olvidado á J. S. T. Hollands, cuando á los ocho dias encontré al mismo criado.

El loco del violín está muy malo, me dijo, venid á verle, puesto que sois médico.

Yo lo seguí, y el dueño del *Union's Hotel* me introdujo sin dificultad, en el cuarto del enfermo.

Este se hallaba tendido en su lecho; no conocía á nadie, y su rostro tenia marcado todos los caracteres de la tisis mas avanzada.



Una idea cruzó por mi mente. Hacia dos años que no me ocupaba en hacer pruebas de magnetismo, de que habia obtenido algunas veces resultados sorprendentes.

Inmediatamente comencé á dar pases magnéticos sobre la cabeza y el pecho del moribundo, que en el primer momento y cuando la accion de mi mano se ejerció sobre su frente, experimentó una fuerte sacudida, que no tuvo otro resultado, á pesar de mi fuerza magnética, hasta que pasó un cuarto de hora.

El pulso era casi imperceptible.

Señor Hollands, le pregunté, ¿dormís?

Sí. me respondió ¡No! ¡No es bastante!

Dí nuevos pases sobre su pecho y su cabeza y le pregunté de nuevo si dormía.

Sí, me contestó con voz estridente, reclinando los dientes con temblor convulsivo.

¿Dónde estáis?

En Boston. en la calle de Summers. en casa de. ¡No me obligueis á pronunciar este nombre!

Yo reconcentré toda mi voluntad y le ordené que me dijese el nombre.

Laura L.! exclamó con voz dolorida. Despertádmel!

La fisonomía de Hollands estaba de tal manera descompuesta, que creyendo imprudente insistir sobre ese punto, le pregunté.

¿Dónde os duele?

El moribundo se inclinó en el lecho, apoyándose sobre el brazo izquierdo, y apretando convulsivamente su corazón con la mano derecha, entonó una cancion incoherente que con su débil voz acentuaba, dando señaladas muestras de dolor.

Las ideas contenidas en el verso incorrecto de su canto especial, eran los siguientes:

*Yo sentí que mi corazón se rompía
La noche en que me dió el último beso,
Y como un gusano que entra en un fruto
Sentí introducirse en mí
El amor que roe y que mata.*

.....

¡Toma, pues si és su cancion! exclamó el criado. Hollands continuó:

*El amor que ha penetrado en mi corazón
Y lo ha devorado enteramente,
¡El amor ávido!
Después, como un pobre sin pan,
Ha muerto de hambre
En mi corazón vacío.*

.....

*Su cadáver helado y rígido
Golpea con cadenciosos latidos
La roja pared de mi corazón muerto.
Y no me atrevo á moverme
Porque le oigo tocar á agonía
Cuando hago el menor movimiento*

.....

J. S. T. Hollands terminó su estraña cancion con un hondo gemido y cayó exánime sobre el lecho.

Le desperté y me reconoció.

Salid de aquí! me gritó con furor.

¡No estoy loco. no estoy loco!



Sali, en efecto, del hotel, tristemente impresionado.

Por la noche encontré á uno de mis amigos de Boston, á quien pedí noticias de Laura L.

Me dijo que era una mujer de costumbres ligeras, con quien Hollands habia debido casarse, que en aquellos momentos estaba en relaciones con un tal Van S. comerciante de Amberes, establecido en Boston.

Al dia siguiente, sábado, volví al hotel á las nueve y media de la noche.

Toda la casa estaba en movimiento.

Hollands agonizaba.

Cuando entré en su cuarto, apenas le quedaba un soplo de vida.

Le di algunos pases magnéticos, y el moribundo, al principio tranquilo, saltó bruscamente del lecho, sin que nadie osara detenerle, y con una voz que parecia escucharse á gran distancia, cantó con la misma música del dia anterior los versos siguientes:

Hoy es por ella.

Por quien con doble fuerza suena la campana de la agonía

En su corazón destrozado por los golpes.

Vá á cesar el sonido. Rogad todos



La reforma militar será un resorte hábil de gobierno á condi-
-cion de restringir el derecho de propiedad de los reformados á un usufructo inalie-
-nable é inembargable; porque careciendo la mayoría de hábito de trabajo
y moralidad malversarian sus capitales y se desesperarian en la miseria que
es estímulo enérgico de perturbaciones políticas y sociales.

Francisco Estraguelas

Montevideo, Agosto 31/83



